

## In memoriam LOYOLA, LA VALIENTE

Loyola vino a verme con una inmensa botella de Moët Chandon contraviniendo las normas de la Fundación Jiménez Díaz. Venía encantada, recién llegada quién sabe de dónde como siempre. Era septiembre del 2005 y horas después de que una feliz biopsia constatará que el pedazo de pulmón que me habían quitado sólo albergada alguna siniestra basurilla encapsulada inofensiva, recuerdo de alguna infección propia de la biografía insana de un corresponsal fumador en el Este de Europa. Sus inolvidables dedos domeñaron el alambre, saltó y sonó el corcho y Loyola soltó un brindis teutónico, un “prosit” en voz alta y clara, con esa sonrisa ancha y aquella mirada limpia que siempre han sido para mí esos envidiables y emocionantes signos de vitalidad que Loyola emitía siempre como permanentes gestos de amor a la vida.

La historia se repetía. Treinta años antes había sido la prima Loyola la primera en asomarse también a una cama de hospital en Segovia donde yacía yo con una perforación de estómago de la que salí vivo como siempre con mucha suerte. Allí estaba la jovencita conductora temeraria con mi madre, Felisa, la hermana mayor de la suya, muerta ya, muy joven, también de ese cáncer que acecha en la familia por todas las ramas del árbol.

Allí estaba ella sonriente, vital, optimista, imbatible. La que desde que éramos muy pequeños en nuestra casa familiar en Deva y en Urrijate nos

---

Hermann Tertsch es periodista.

sacaba de la cama para insuflarnos vida y actividad, optimismo y curiosidad, para llevarnos a la playa también cuando el monte Arno tendía su capota de nubes sobre las laderas y parecía querer condenar a los niños a no ver el sol. Nos torturaba con la agitación al baño y la inmersión en una playa de Saturrarán, frente a la casa del viejo Areilza, en la que la única de la familia que se atrevía a bañarse con aquellas nubes era ella y todos los que hacían pesca submarina se desviaban discretamente hacia el bar cuando se enteraban de que Loyola saldría de las pozas con más lubinas, pulpos y sargos que nadie.

Loyola era mucha vida y risa. Pero su vocación por sacarnos a los pequeños de la casa para bucear o nadar sólo era una vertiente más de la vocación que tenía por hacernos vivir la vida abierta sin miedos, embustes o refugios gratuitos. Lo hacía en la mar, en el velero y en la pesca y lo hacía en un terreno como el político donde poca gente tan generosa ha desplegado su fantasía, valor, pundonor y energía sin el menor temor sobre las consecuencias de sus actos y palabras por saberse profundamente inmensa en la sinceridad inmediata.

Estaba fascinada con Manuel Fraga Iribarne, un reformador pero ante todo un político con vocación de integración y claridad y proyecto de Estado. Aún estaban lejos unos relativismos culturales y políticos que Loyola detestaba porque los consideraba la antítesis de la tolerancia y una nueva forma de supersticiones políticas y del encanallamiento fácil que sólo desarma a las sociedades frente a los totalitarismos. Loyola detestaba esos determinismos a los que yo entonces me atenía como izquierdista, porque creía en el ser humano y en su esencia y abominaba de los experimentos sociales.

Loyola y yo en los años setenta hablamos mucho de política desde extremos opuestos y yo hoy sé que ella hablaba desde la convicción limpia y yo desde las tablas de las ideas que sujetan al yo y no al contrario. Mis amigos y camaradas por entonces estaban en el Partido Comunista de Euzkadi. Mucho nos divertimos y peleamos. Gracias a Dios ganó ella. Al menos entonces. Pero ambos sabíamos, también los demás en la familia, que éramos parte de una España que surgía en pluralidad y que por primera

vez consideraba las tragedias de los enemigos de la guerra como dramas propios y que el luto por los muertos de la familia no era otro que el necesario por todos los asesinados en una guerra terrible cuyas cicatrices sólo podían curar con la compasión hacia todos.

Nadie puede imaginar cuánto tuvimos en común Loyola en sus Nuevas Generaciones de antaño y yo, el joven arrogante comunista del EPK, ya lector de Semprún, de Glucksmann, de Solzhenitsin, de Bulgakov y Michnik. Loyola los leyó a todos también. Y ella más que nadie supo desde su amor a la libertad y su rigor hacia la verdad, su devoción para con los hechos, ver cuáles son los mimbres tenues y buenos con los que se teje la convivencia civil en dignidad.

Fue ministra, comisaria europea, política sabia y dura a un tiempo, fiel seguidora de esa convicción si no marxista sí enciclopedista, profundamente ilustrada y liberal de que la mejor política la hacen la aptitud, la competencia, el estudio y la pasión por la gente, por la vida y por la libertad de todos nosotros de crearnos una realidad en la que poder ejercer nuestras ansias de felicidad, nuestro derecho a buscar el amor y la plenitud con la rotundidad que nuestra identidad como seres humanos, como personas dotadas de alma con vocación de trascendencia exige. Disfrutaba a raudales con la vida, con la acción como con el pensamiento que en los últimos años tuvo su quiebro reflexivo. Esta mujer católica, vasca, española, europea y libre era puro amor a la vida y se convirtió, sin saberlo ni pretenderlo, en ejemplo, como se vio cuando murió.

Mucha mezquindad de quienes temían su honestidad, valentía y brillantez tuvo que retirarse avergonzada. Y el testimonio de reconocimiento demostró lo faltos que estamos de personas de la estatura de ella, de Loyola.

Loyola creía en la política como vocación de servicio. Creía en el ser humano como fuerza inagotable de riqueza, pensamiento y amor. Y creía en la sociedad como estructura en la que la política fomenta la felicidad de estos seres humanos que son en sí mismos el tesoro de la vida inteligente. Ella celebró varias veces que yo no me muriera y, al final, me hizo ese triste

quiebro de irse antes que yo. Pero sé que ella siempre supo que aquello no era el final y a mí me tiene cada día más cerca en esta magnífica fuerza.

Loyola, como todas las otras almas gemelas y amigas que me acompañan en uno u otro momento del paso por esta vida, son mi guía y mi compañía en una singladura que yo no creo ni mucho menos tan breve como nuestras vidas aparentan.